

María Carla Galfione

Instituto de Humanidades / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Universidad Nacional de Córdoba
carlagalfione@yahoo.com.ar

Facundo José Moine

Instituto de Humanidades / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Universidad Nacional de Córdoba
fjmoine@mi.unc.edu.ar

El saber filosófico y sus definiciones institucionales. Una lectura a través de la revista *Verbum**

Philosophical Knowledge and its Institutional Definitions. A Reading throw *Verbum*

Resumen

Explorando la historización de los saberes, recuperamos los aportes de la arqueología y la genealogía foucaultiana para analizar un segmento de la historia de la filosofía institucionalizada en Argentina. Nos ocupamos de la revista *Verbum*, del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA entre 1912 y 1948. Con ella observamos cómo las definiciones de la filosofía académica en el país en sus primeros años se derivan de un juego permanente y tensionante de afirmaciones y exclusiones. Confluyen elementos teóricos con aspectos institucionales. El clima de la Reforma Universitaria invitaba a pensar la universidad, pero esto suponía pensar los saberes y viceversa. En ese entretejido ensayamos una historización compleja, atenta a las rupturas y a las particularidades del devenir del saber filosófico en este medio.

Palabras claves: Verbum; Filosofía; Saberes; Universidad; Reforma universitaria.

Abstract

Exploring the history of knowledge, we recover some contributions from Foucaultian archeology and genealogy to analyses one segment of the history of the philosophy that became institutional in Argentina.

* El presente texto es un artículo de investigación. Y es resultado de la articulación de las investigaciones particulares de los autores, desarrolladas como investigadora y becario, respectivamente, de CONICET, como así también de las indagaciones desplegadas en el marco del proyecto de investigación "Discurso filosófico y político en la Argentina del siglo XX. Herramientas para su abordaje: conceptos, lenguajes, saberes", radicado en el CIFYH, UNC, con subsidio de SECyT-UNC. Agradecemos los comentarios y aportes que hicieron a este artículo, tanto el equipo reunido en torno a dicho proyecto, como la Dra. Paula Jimena Sosa.

We deal with the journal *Verbum*, published by the Student Center of the Faculty of Philosophy and Letters of the Buenos Aires University between 1912 and 1948. Through *Verbum* we observe how the definitions of academic philosophy in Argentina in those first years have derived from a permanent and tense game of affirmations and exclusions. Theoretical elements converge in it with institutional aspects. The climate of the University Reform invited the actors to think about the university, but it supposed, also, to think about the knowledge and vice versa. In this interweave we practice a complex historization, attentive to the ruptures and the particularities of the development of philosophical knowledge in this context.

Keywords: *Verbum*; Philosophy; Knowledge; University; University Reform.

Introducción

La dirección de *Verbum*, el órgano del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras, planteaba en sus definiciones iniciales que el objetivo de la publicación consistía en el señalamiento de la centralidad que tenía esta institución en el concierto general de las disciplinas que impartía la Universidad de Buenos Aires por entonces. Si eso suponía una intervención social y política sobre una sociedad que tomaba un perfil particular, no por ello se ignoraba que esa opción admitía también instalar un sentido de y para esos saberes al interior de los claustros.

El recorrido que proponemos se concentra en la revista *Verbum*, entendiendo que esta puede servirnos de prisma para acceder a esa complejidad que nos interesa estudiar. Una revista variada y heterogénea en principio, que va adoptando cierta unidad con el tiempo y consolidando una línea editorial muy próxima a la conducción de la Facultad de Filosofía y Letras, sugiere la posibilidad de ser leída como un registro reflexivo de los cambios que van sucediéndose en la institución y, fundamentalmente, del sentido que se les va adjudicando.

En lo que sigue nos concentraremos solo en uno de los variados saberes que aparecen en proceso de definición en sus páginas, el filosófico. Este jugó un rol central en la publicación y en la Facultad, y sirve entonces para rastrear las tensiones y torsiones que en pocos años se sucedieron en la institución, aunque también, y no es menor, nos habla de la filosofía académica en Argentina. En ese sentido, si creemos que *Verbum* puede ser leída como expresión de la consolidación de una definición de filosofía en los '20, parece también posible reconocer ahí los signos de una definición que busca la delimitación estricta de sus propios contornos, para proclamar la autonomía del saber filosófico. Desde ahí puede proclamarse la centralidad de este saber como guía de la sociedad presente. Postular la autonomía de la filosofía equivaldría a sostener la independencia de sus verdades respecto de cualquier interés o condición, volviéndose la palabra más autorizada para la dirección de una sociedad en crisis. Un recorrido como el que nos proponemos, nos permitirá reconocer qué elementos parece necesario despejar o excluir para arribar a esa definición y cuáles son los recursos teóricos que acuden, direccionando los rasgos de este saber. En paralelo, esas definiciones irán construyendo un sentido para la Facultad y la Universidad y serán el complemento obligado de las medidas institucionales que se vayan adoptando.

Contamos con algunos estudios importantes sobre la historia de la Universidad de Buenos Aires y el modo en que su propuesta fue cambiando al calor de las transformaciones

demográficas, sociales y políticas, así como algunos de los malestares que esto provocaba (Halperín Donghi, 1962; Buchbinder, 2005; García, 2010). Se ha indagado con precisión la historia de la Facultad de Filosofía y Letras, aportando detalles sumamente relevantes en lo que hace a las líneas que rigieron algunas de sus decisiones fundamentales, el orden de sus movimientos y transformaciones, las diversas trayectorias que fueron desplegando e inscribiéndose allí, sus variaciones institucionales y académicas y la conflictividad político-estudiantil que operó con y sobre ese despliegue, en íntima relación con la vida política y social que le servía de marco. Estos estudios ayudan a comprender de qué modo la propuesta que se iba modelando en la Facultad a los pocos años de su fundación respondía al interés de contrarrestar el curso que adoptaba buena parte de la formación universitaria, afectada por las contundentes transformaciones que se vivían en el país desde fines del siglo XIX (Buchbinder 1997; Bustelo, 2015; Biagini, 2017).

Sin embargo, aún puede hacerse al menos un corte más sobre ese objeto y ensayar una mirada que, posando la atención en los saberes que ofrecía esa Facultad, habilite otra pregunta: ¿cómo se van tejiendo esas formas y esos cambios, de qué están hechos y cuál es su consistencia? Como muestran los y las historiadoras que se ocupan del tema, hubo transformaciones histórico-institucionales, académicas y también políticas que dialogaron intensamente con los cambios que iba sufriendo el país, pero esas transformaciones también se articularon con ciertas orientaciones teóricas que fueron primando a costa de la restricción de otras. En las aulas, y en torno a ellas, se fue construyendo un discurso que moldeaba y acompañaba los nuevos rumbos. Hasta allí nos conduce la pregunta por el cómo. ¿De qué manera esos cambios, que podemos registrar a través de los programas, reglamentaciones, designaciones, entre otras cosas, fueron construidos de la mano de eso en lo que la Facultad se reconocía más habilitada: la definición de los saberes que irían a impartirse en sus claustros?

Durante la década del 1920, la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA contorneó un perfil que, si luego fue mutando, se recordará como el primer perfil propio. Las disciplinas que allí se imparten reconocen entonces un momento original. Si se dio de esa manera fue, sin duda, por un marco general y variado que iba adoptando la institución, pero fue también a costa del despliegue de ciertos sentidos que se ensayaron en torno a lo que allí se hacía. Aquí aparece la inquietud que guía las páginas que siguen. La pregunta por los saberes, foucaultiana en el fondo, nos invita a desbrozar ese sustrato que participó en las definiciones de aquel perfil. ¿Qué saberes se estaban constituyendo allí y de qué forma? ¿Qué se creía que se hacía y se decía que se hacía cuando se afirmaba que se estaba dirigiendo una sociedad desorientada por el afán de lucro o una juventud mucho más atenta al éxito profesional que puesta al servicio de una cultura en crisis? ¿Qué entramado de compromisos teóricos suponía esa opción y cómo se iba desplegando y articulando en lo que se enunciaba? Y, más allá, ¿qué transformaciones político-institucionales podían darse la mano con esos compromisos? ¿Por qué esas y no otras?

Precisando la perspectiva desde la que abordamos este objeto, vale aclarar que al hablar de “saber” buscamos, de la mano de Foucault (2001; 2004), diferenciar nuestro objeto en dos sentidos: en primer lugar, no partimos de una definición de filosofía, sino que nos preguntamos cómo se la construyó en nuestro medio. Y en esta línea podría pensarse que nos abocamos a una revisión crítica de un saber consolidado entre nosotros, con reglas y condiciones definidas. No partimos de esas reglas, sino que nos preguntamos por ellas, intentando ensayar, mediante el recurso de la historia, una lectura desde fuera de ese marco de conocimiento. No hablamos de la verdad, si estaba aquí o allá, cómo la definieron los autores, qué sistemas construyeron, no juzgamos qué entra y qué no en el campo de la filosofía y su historia; atendemos, en cambio, al

reconocimiento de algunos indicios que permiten dar cuenta del modo como se fue delimitando el modelo.

En segundo lugar, hablar en términos de saber también es aquí reconocer el vínculo de esa construcción discursiva con el poder, reconocer que la pretensión de conocimiento va acompañada de una *voluntad de poder*. En ese sentido, queriendo identificar qué es eso que llamamos filosofía al revisar las definiciones de las primeras décadas del siglo XX en Argentina, vamos explorando las condiciones por medio de las cuales ciertas concepciones devinieron elementos fundantes en una definición de esa disciplina. Nos interesan los elementos que participaron de la segmentación y elaboración de una mirada de lo real que terminó por constituirse como la mirada de la filosofía académicamente legitimada. En el proceso, esos elementos pasan a solidificarse en un conjunto de reglas y criterios que sostienen todo un edificio; para lograrlo desplazan otros componentes y diseños posibles que, sin mediar estas reglas, podrían considerarse, como igualmente pasibles de ser contados como constitutivos de una disciplina que pueda disputar aquel nombre. Ese juego de oposiciones o enfrentamientos, que termina en el desplazamiento, nos sitúa de lleno en un territorio complejo, atravesado por fuerzas que se tensionan para entrar en escena. Al hablar de saber filosófico y no simplemente de filosofía, lo que buscamos es ir más allá y más acá que esta: preguntarnos por las condiciones que hicieron posible su delimitación, su consagración en tanto que filosofía, mirando al mismo tiempo hacia el interior de su propio discurso y reconociendo un modo de presentar la verdad, con una serie de elementos que le son funcionales (métodos, objetivos, roles, sujetos, etc.), pero sin perder de vista el entorno en el que ese discurso se establece, advirtiendo las estrategias que despliega en este y el modo como operan excluyendo otras opciones discursivas.

Y con esto se destaca otro elemento al que convoca la revista que estudiamos: la Universidad. Porque es efectivamente esta institución, con sus normas y la distribución interna de jerarquías y poderes, la que termina por legitimar y disciplinar ese saber. Foucault habla del “papel de selección de la universidad”, que selecciona saberes, distribuye posiciones, calidad y cantidad de saberes de acuerdo a los niveles de enseñanza, organiza desde ahí la comunidad científica y los consensos necesarios para operar (Foucault, 2001, p.171). En ese sentido, ante *Verbum* y ante su explícita voluntad de participar activamente de las definiciones de la Facultad y de señalar su merecida inscripción en el medio social de ese tiempo, no podemos menos que preguntarnos por esa sintonía. Se van construyendo articuladamente: un saber en una institución que lo consagra. En qué medida, podemos preguntar, es esa construcción, con todos los elementos que señalamos arriba, la que da una razón de ser, una función y sentido a la Universidad, al tiempo que esta garantiza su carácter normativo.

La revista

Verbum comienza a publicarse en 1912, como deriva del *Boletín del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras* de la UBA, de ahí que el primer número que se publica sea el 20 (Bustelo, 2015; Biagini, 2017; Domínguez Rubio, 2018). Con una frecuencia anual que promedia los tres o cuatro números, y algunas excepciones entre las que se destaca el año 1918 –en que se publican seis números–, tiene ciertas interrupciones, con años en que no fue publicada y otros con una notoria disminución de la frecuencia anual. Desaparece en 1948, luego de haber publicado 92 números en total.

El equipo a cargo de la publicación era designado en sesión del Centro de Estudiantes por votación de sus miembros, luego de cada renovación electoral. La organización interna de la revista es muy variada: extensos artículos teóricos, “Notas” o “Notas de redacción”, en donde se presentan cuestiones relativas a la Facultad o algunas noticias culturales, incluidas reseñas de publicaciones y eventos institucionales, a veces organizados por el Centro de Estudiantes, otras por la Facultad. También se incluye información referida al funcionamiento del Centro de Estudiantes, como resúmenes de sus sesiones e informes de tesorería.

La cantidad de páginas de la revista va variando con los años, comienza con unas cincuenta, pero poco a poco ese número se va abultando hasta promediar las cien, incluso más. Y los trabajos publicados incluyen muchos escritos especialmente para *Verbum*, aunque también hay reproducciones de artículos publicados en otras revistas, capítulos de libros o conferencias. Los autores en su mayoría son profesores de la casa. Los estudiantes tienen a su cargo apuntes de cátedra, traducciones y reseñas, y sus nombres son recurrentes y en general muy próximos a la dirección de la revista.

Casi la totalidad del presupuesto que el Centro de Estudiantes disponía para su publicación provenía de subsidios de la Facultad, siendo esto un factor determinante de su extensión y su frecuencia, como así también de su distribución, gratuita y acotada a los actores de la Facultad. En la década del treinta ese dinero comenzaría a recortarse hasta eliminarse por completo, producto del impacto que la crisis de 1929 había generado en el presupuesto universitario. Finalmente, a partir del número 84, de 1933, dejó de ser de distribución gratuita. *Verbum* no solo había sufrido las políticas económicas implementadas ante la crisis, sino que, probablemente, también había perdido el apoyo institucional.

Aunque no todos los números incluyen notas editoriales, estas, junto con artículos firmados por la dirección, permiten reconocer algunas marcas importantes en función de nuestro objeto. Así, entre ellos se destaca el *Manifiesto*, aparecido en el primer número. Allí se da un sentido inicial a la revista: combatir la ignorancia que reina en torno al rol de los estudios que ofrece la Facultad. Según el diagnóstico, ese desconocimiento malogra la juventud, que se aboca al *trillado camino* del derecho, la medicina y la ingeniería. No obstante, junto con el desconocimiento, se señala también el *utilitarismo* y se denuncia una *conspiración* contra los “estudios especulativo-literarios”, que impone la necesidad de reivindicar su lugar. Si el utilitarismo se comprende por las necesidades materiales de los hombres y cuesta hacer algo en su contra, no ocurre lo mismo con la ignorancia, que termina siendo la razón de ser del proyecto revisteril que se impulsa. Estamos ante una de las recurrencias más evidentes, pues durante los años que se publica, esta es la causa principal que motoriza la revista. *Verbum* tiene una tarea eminentemente *cultural*.

Con la dirección de Gregorio Bermann durante 1916 y 1917 (*Verbum*, 31/32, 33/34, 35/36) encontramos una variación. Como sugieren los trabajos de Bustelo y Biagini, en esos años se observa una marcada inclinación hacia cuestiones gremiales que antes no estaban presentes. El reclamo en favor de la reforma de la ley del profesorado es una de las principales expresiones de esa orientación.¹ “Era pretensión nuestra hace de *Verbum* una parte de nosotros mismos, y no una

¹ Esta cuestión se presenta desde el comienzo en la revista, pero se actualiza en 1915, con la denuncia de Jorge Piacentini ante la exclusión de egresados de la FFyL de un cargo docente en el Colegio Nacional, en beneficio de un profesor alemán. Bermann, por su parte, reclama recurrentemente que el título expedido por la Facultad habilite a los egresados para la enseñanza secundaria. Y al respecto excede las preocupaciones gremiales al señalar allí, muy en sintonía con cierto espíritu reformista, que el mejor modo de intervenir en la sociedad con los aportes que la Facultad puede y debe hacer sobre esta es a través de la enseñanza secundaria. Advertimos que a pesar de la salida de

revista de apuntes o de corte académico” (*Verbum*, 35/36, p.90), decía Bermann al retirarse de la dirección. Sin embargo, su sucesor y oponente, Jacinto Cuccaro –que asume la dirección luego de perder las elecciones ante Bermann– firma una nota editorial que contrasta con aquel sentido: el rol de la revista es ahora pensar la metafísica porque es allí donde miran las inquietudes que reinan en los espíritus de la juventud universitaria. Este tono especulativo tiende a imponerse en el corto plazo.²

Con el paso del tiempo, las cuestiones gremiales no se abandonarán completamente, pero sí adquirirán matices que es necesario advertir, ya que se diluyen en preocupaciones de orden erudito, muy próximo a aquella necesidad de definir un perfil académico nítido para la Facultad y “elevar” el nivel de la formación que ofrece. Allí, los reclamos estudiantiles apuntaron fundamentalmente a la renovación de un cuerpo docente al que consideraban deficiente debido a su *diletantismo*. Mediante esta exigencia de mayor profesionalidad y especificidad de los profesores, pretendían no solo mejorar las condiciones concretas de estudio, sobre todo programas y apuntes, sino también habilitar a los egresados de la Facultad a ocupar esos cargos docentes, considerando que de ese modo primarían “los intereses supremos de la cultura” (*Verbum*, 72, p.120). Si bien se mantuvo vigente el problema de la validez de los títulos –reactualizado generalmente ante casos puntuales–, la preocupación se centró en el tema de los profesores suplentes, impulsando no solo reformas de las condiciones de acceso a esos cargos, sino también la designación de egresados de la casa. En ese marco se incorporan Cuccaro, Ventura Pessolano, Dujovne, Battistessa, entre otros nombres muy frecuentes en la revista. Del mismo modo, se promovía que los cargos de gestión quedasen en manos de los egresados, algo que se expresará en la adhesión al proyecto político-institucional de Alberini. Con el tiempo, las preocupaciones gremiales y de orden político van siendo reemplazadas por las *necesidades de enseñanza*, que abarcaban cuestiones de orden didáctico, pero también el interés y la posibilidad de precisar el perfil que debían tener los estudios que impartía la Facultad.

Los editores decían privilegiar la publicación de artículos elaborados por profesores con el objetivo de resguardar la calidad de la revista y contribuir al desempeño de los estudiantes en las materias. Cuando les toca publicar a estudiantes, la principal preocupación es la valoración académica de esos aportes. Lo que por momentos parece un incentivo a la pluma estudiantil, inmediatamente evidencia regirse por un marco bastante ajustado. Se insiste en que los trabajos a publicar fueran las *mejores producciones* de los estudiantes, realizadas en el marco de las asignaturas, principalmente en el contexto de los trabajos prácticos que, desde 1928, eran obligatorios. Así, muchos de los ensayos literarios, trabajos de seminarios o traducciones que se incluían en las páginas de la revista respondían, más que a colaboraciones espontáneas, a recomendaciones de profesores. Y si esa es una constante que recorre la mayoría de los números, termina por explicitarse en 1929, cuando la Comisión Directiva del Centro de Estudiantes vuelve obligatoria la publicación de los mejores trabajos prácticos de Introducción a la historia, a la literatura y a la filosofía –materias por entonces a cargo de los egresados que constituían la parte renovada del cuerpo docente–, seleccionados como tales por los profesores, en función de la conformidad de los mismos con los criterios monográficos exigidos: la dilucidación de alguno de

Bermann, el tema se mantiene vigente durante algunos números más. Luego, ya en el número 48, de 1919, la preocupación se desplaza hacia la reforma del plan de estudios, en que el tema puntual del profesorado es uno entre numerosos temas más (*Verbum*, 26, pp. 50 y ss.; 48, pp. 122 y ss.).

² Tal como afirma Bustelo (2015: 142), Cuccaro, junto con Probst, son explícitos oponentes de Bermann. Cuccaro asume la dirección de la revista luego de encabezar la lista con la que compite Bermann para la conducción del Centro y ser desplazado por este para ese cargo.

los problemas o temas allí abordados, la revisión de la bibliografía propuesta, el examen de las principales doctrinas sobre el punto en cuestión y la formulación de una posición propia con su respectiva fundamentación, la cual era valorada, a su vez, por la adhesión a la línea difundida por los mismos docentes (*Verbum*, 73, p.297). Esto no solo servía como estímulo para los esfuerzos estudiantiles ante las exigencias académicas, sino que también les ofrecía un modelo para responder adecuadamente a sus reglas epistémicas. Todo recuerda una afirmación de Bonet: más que un “órgano de los estudiantes”, la revista era un “órgano de la casa” (*Verbum*, 78, p.861).

Estas variaciones se observan también en la organización de la revista. Bajo la dirección de Bermann, complementariamente a las preocupaciones gremiales, encontramos la inclusión de reseñas bibliográficas y la consignación de revistas culturales, gremiales o afines. Con el correr de los años se produce una importante disminución en este sentido y un aumento de los trabajos teóricos –algunos de gran extensión–, apuntes de cátedras y reproducciones de conferencias o discursos de las autoridades de la Facultad.

Cabe señalar, no obstante, el vínculo estrecho con *Cuadernos* del Colegio Novecentista, registrado en torno a 1919, cuando se reproducen artículos publicados allí, respondiendo a la participación que sus miembros tenían en ambas revistas. Durante los últimos años de la década del veinte hay una relación semejante con la revista *Síntesis* y a principios de los años cuarenta con *Logos* –la revista de la Facultad–, aunque con esta última puede verse también una disputa por sus posiciones institucionales. A partir de la década del treinta, si bien sigue predominando un perfil académico-cultural, vuelven a introducirse reseñas bibliográficas, consignaciones de revistas y recensiones de editoriales e instituciones culturales. Se transparenta voluntad de difusión cultural, también cierto malestar ante las condiciones que ofrecía la academia y que tornaba necesario ampliar la mirada hacia lo que sucedía fuera de ella. Por último, en la década del cuarenta surge como novedad la inclusión de publicidades de profesionales y comercios, lo que invita a pensar que la revista ya no se dirige exclusivamente a los actores de la Facultad, sino que pretende una mayor amplitud de su lectorado y, en ese sentido, supone también una serie de transformaciones en su propio modo de concebirse.

El saber filosófico

Los diversos perfiles que va adquiriendo la revista ponen de manifiesto movimientos en lo que hace a la comprensión de los saberes que impartía o debía impartir la Facultad. Atendiendo exclusivamente a la filosofía, puede observarse cómo varían y disputan las opciones. Y este, el de las disputas, diferencias y tensiones, es un elemento central de la lectura que hacemos. Un recorrido cronológico muestra cómo en los primeros números convive una interesante variedad de posiciones. Si bien la mayoría de los textos publicados rondan en torno a la literatura, en lo que hace a la filosofía encontramos la reproducción de algunos trabajos de profesores de la casa y otras autoridades teóricas en que se abordan temas específicos.

En ese marco, se destaca el texto de Egizio Carloni, publicado en el número de 1914, con un elocuente título, “Autonomía de la filosofía”, que recuerda al *Manifiesto* inicial. Advirtiendo la necesidad de pensar la diferencia de la filosofía con la ciencia y distinguiendo entre las dos corrientes dominantes en la materia por entonces, la científico-positivista y la filosófico-criticista, Carloni proclama la necesidad de autonomizar a la filosofía respecto de la ciencia en sus múltiples y diversas relaciones. Siendo, en un caso, la filosofía un estorbo para la ciencia y, en el

otro, revelándose la ciencia incapaz de resolver los problemas de aquella, lo más conveniente es que ambos saberes transiten por caminos independientes. Solo de ese modo la filosofía puede mantenerse en pie para llevar adelante su tarea con la *libertad* que le es propia. La autonomía de la filosofía es proclamada en función de su objeto, el pensamiento mismo: “En la filosofía el espíritu se piensa a sí mismo, es decir, busca en sí las razones profundas y los principios supremos de su actividad pensante y racionante” (*Verbum*, 23, p.16). Pero acá no acaba su razón de ser; capaz de pensar el espíritu, la filosofía servirá de base para todas las actividades de la cultura. Desarrollada autónomamente, tiene un vínculo estrecho con los valores estéticos y la literatura. Tal como aparece presentado en varios artículos más de esa época, esa cercanía de la filosofía con el arte y la literatura, en particular, parece ser la condición que arroja a este saber para hacerle frente al avance del *egoísmo*, el *utilitarismo* o *materialismo* y la técnica.³ La autonomía se vuelve entonces protagonista como condición tanto del estatus del saber filosófico, cuanto del rol fundamental que este viene a cumplir. O de otro modo, si la autonomía garantiza cierto estatus a la filosofía, bajo esta novedad la filosofía puede cumplir una nueva *función social*.

La dirección de Bermann comienza en el número de mayo-julio de 1916. Si bien ya se había publicado un trabajo de José Ingenieros en la revista, en el número de agosto de 1915, ahora podría decirse que la presencia del psiquiatra es constante, tanto por la reproducción de sus trabajos, cuanto por las reseñas que estos reciben, y esto va signando cierta identidad de la publicación. Junto a Ingenieros, pueden encontrarse también nombres afines en lo que hace a su perspectiva teórica: Alberto Palcos, Horacio Piñero, Rodolfo Rivarola, Ernesto Nelson, por nombrar los más recurrentes. Entonces cambia la percepción acerca del vínculo entre la filosofía y la ciencia, que se vuelve central. Un excelente ejemplo puede hallarse en la inclusión de una reseña, de autoría de Bermann, del folleto de Ingenieros “La filosofía científica en la organización de las Universidades”, un trabajo que es valorado como texto fundacional de ciertas definiciones. Esa reseña comienza con un rodeo que probablemente complementa aquella nota editorial que citamos arriba. Aquí Bermann afirma que “toda una corriente de ideas, sustentada desde hace tiempo fuera de los claustros universitarios y hoy aceptada por muchos de sus miembros evidentes, aspira a rejuvenecer la Universidad, inspirándole nuevo aliento y vigor, de acuerdo con las necesidades sociales y la renovación de las ciencias” (*Verbum*, 31/32, p.88). Ingenieros es un eminente representante de eso, la referencia al hecho de que esta posición sea externa a la Universidad y el advenimiento de una transformación en ese sentido hablan de lo que se advierte como un cambio reciente, que la revista viene a acompañar. Se trata de un cambio político y filosófico, y que en esa síntesis conlleva una nueva definición de la Universidad. En efecto, la reseña se concentra en lo referido a la novedad que debe imprimirse sobre el conocimiento y sobre la Universidad, a la ausencia actual de esa perspectiva y a la necesidad de desplegarla. Bermann recuerda el eje: importa pensar la Universidad, pero para ello es imprescindible pensar la filosofía, ese saber que debe funcionar de mediador, de coordinador de las verdades desplegadas en las diversas áreas de la ciencia. La renovación del objeto, método y tipo de respuestas que debe ofrecer la nueva filosofía, contrapuesta a la *especulativa* y *medieval*, como le llama Ingenieros, la acerca a los problemas y necesidades que atraviesa la vida de la humanidad y la vuelve factible de acompañarla hacia el logro del bienestar. Todo ideal que piensa la filosofía se apoya en la experiencia pasada. Y por eso la nueva Universidad que está por

³ Para reconocer esto con un poco de detalle puede verse el texto de Natalia Bustelo (2012).

crearse encuentra a la filosofía en la cumbre y dirección, pero solo a condición de que esa filosofía sea, efectivamente, “filosofía científica”.⁴

Puede verse allí el ensayo de construcción de un lente que permita advertir cuestiones de orden filosófico en donde se despliegan otras que a simple vista remiten al plano de una indagación experimental o empírica, un ejercicio que se propone, tanto ir más allá de la ciencia experimental a secas, cuanto de toda reflexión de orden metafísico. En este marco se puede inscribir, por ejemplo, a Palcos leyendo a Augusto Bunge y afirmando que las cuestiones relativas a la moral se desprenden de las condiciones vitales vinculadas a la evolución biológica. Del mismo modo, hay en la revista artículos que se ocupan directamente de problemáticas científicas, como el artículo de Senet, “Diferencias entre percepción, sensación e idea”, o “Apuntes de biología: evolución ontogenética”, firmado por “Violeta” (probablemente, Brunilda Wien), junto con comentarios o reseñas de libros con esos temas: la reseña del libro de Piñero, “Trabajos de psicología normal y patológica”, de pluma de Bermann, o el homenaje que firma Luis Bontempi, el secretario de redacción de *Verbum*, anunciando la reciente muerte de Felix Le Dantec.

Junto con esta vinculación con las ciencias, la filosofía que se propone presenta otra articulación que será luego objeto de revisión. Al reseñar el artículo de Ingenieros, “Las ideas coloniales y la dictadura de Rosas”, Bermann advierte como rasgo de la lectura histórica de su maestro el señalamiento del vínculo entre las ideas y su entorno: “los intereses políticos, los temperamentos de los diversos grupos sociales, inspiran en los diferentes períodos las posiciones filosóficas que se adoptan” (*Verbum*, 33/34, p.94). De allí su propuesta de un método histórico y sociológico para repasar la historia del pensamiento.

Esta aparente uniformidad, no opaca la presencia de otros autores y temáticas que se despliegan con diversas orientaciones. En efecto, puede verse que confluyen autores de diferentes líneas teóricas y políticas, que tienen otros objetos, en particular la literatura o crítica literaria. Eso es algo que vemos de la mano de nombres como Rohde, Korn Villafañe, Halperin, Francois o Bonet. Esta convivencia no es nueva en la revista. Más precisamente, parece evocar algunos de los rasgos más propios de *Verbum* en los años previos a la dirección de Bermann.

La llegada de Cuccaro a la dirección en 1917 implica un giro. La confrontación con Ingenieros y sus nociones sirve de base a la construcción de un entramado cada vez más definido y firme sobre el cual ubicar a la filosofía.⁵ Se destaca, entre otros, la reseña del libro *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, con firma del director, en la que se explicitan las diferencias: “nuestro disentimiento con el Doctor Ingenieros es categórico” (*Verbum*, 45,

⁴ El planteo de Ingenieros en ese texto pone especial atención al rol que juegan las universidades en cada sociedad. La universidad, dice allí, es “un instrumento de acción social”, y en ese marco la filosofía ocupa un lugar protagónico, aunque no por ello escindido de los otros saberes. Al contrario, la preocupación prioritaria, para todos los saberes, se desprende del problema de la vida en el sentido biológico, de ahí la importancia de la biología, la psicología, o la sociología, referida a la vida de los agrupamientos sociales. La filosofía es la sistematización de las ideas que la sociedad adquiere como consecuencia de la experiencia propia de la vida en ese marco, un marco que supone un ambiente, una raza, un sistema de recursos materiales, entre otras cosas. El cambio permanente de los fenómenos tiene un correlato directo en las ideas, el principio de ese cambio se denomina allí y aquí “evolución”. En ese sentido, las únicas verdades que puede proclamar la filosofía están sujetas a la permanente mutación evolutiva, una filosofía no atenta a las necesidades y los cambios de la sociedad es una filosofía muerta, dice, y un obstáculo para el progreso. La nueva filosofía no es tal si no es una filosofía de aplicación social, con traducción y articulación directa en el marco de los cambios tendientes a la mejora de la vida y supervivencia de la sociedad en que se despliega.

⁵ Si es explícita la crítica que menciona a Ingenieros, esta también se despliega recurriendo a generalidades y allí las categorías “positivismo”, “materialismo histórico” e, incluso, “maximalismo” se confunden con frecuencia.

p.95). El trabajo se concentra en cuestionar la articulación de filosofía y ciencias, impugnando en particular el protagonismo de la psicología. Mientras que para Cuccaro los problemas de la filosofía eran eternos, Ingenieros pretendía que los resultados de la ciencia *transmutaran* los problemas de la metafísica, porque allí no había verdades estables. Ello resultaba inaceptable para un autor que se apoyaba explícitamente en “toda la Historia de la Filosofía Idealista” (sic), según la cual la filosofía es la “Historia del Espíritu” y “la verdadera realidad”. Croce es la referencia principal aquí, un autor que habría construido “todo un sistema”, que se hace patente en “cuatro sesudos y profundos libros de filosofía” (*Verbum*, 45, p.96).⁶

Cuccaro cuestiona las lecturas que Ingenieros hace de Boutroux, de Bergson, pero principalmente de sus referentes, Croce y Gentile. Hay profundas diferencias en los puntos de partida entre Cuccaro e Ingenieros, una idea diversa y hasta opuesta en lo que hace a las variantes que implican el mundo natural y el pensamiento, el objetivo al que puede aspirar el conocimiento y los recursos de que dispone. Pero, inmediatamente, esa diferencia se tiñe de otras valoraciones: en Ingenieros habría “escasísima información”, además de un “espíritu intolerante, indignado y hasta altanero”, que se vale de “artilugios periodísticos de polémica absurda”.

Una de las críticas más precisas en función de nuestro objeto es la que ofrece Dujovne, en el número 67, de 1926, meses después de la muerte de Ingenieros. Ese artículo, “La obra filosófica de José Ingenieros”, se detiene en algunas de sus principales obras, aunque insistiendo siempre en la centralidad de los *Principios de psicología*, razón por la cual se concentra en discutir los presupuestos más básicos de aquellas formulaciones. A juicio de Dujovne, el vínculo entre filosofía y ciencia estaba allí mal planteado. Atado a los aportes de Spencer y de Haeckel, Ingenieros no avanzaba en la reflexión epistemológica, despreciando así uno de los aportes, aunque no el único ni el más valioso, que la filosofía ofrece a las ciencias. A juicio del articulista, la filosofía de Ingenieros terminaría por ser escéptica: no hay verdades, sino creencias, construidas a la luz de la experiencia y que se destruyen con esta. En el extremo opuesto, Dujovne comprende la filosofía como metafísica, desatándola de toda referencia a la experiencia sensible. Si allá la variación de las respuestas es constante, aquí se buscan las respuestas seguras. El edificio de los saberes también se revela diferente: el supuesto de la voluntad humana es piso y condición que lo habilita a marcar un terreno autónomo para el pensamiento filosófico. Pero lo que desde aquí podemos reconocer como variedad de puntos de partida, no es juzgado así por el crítico: hay un solo modo de definir la filosofía y sus conceptos más caros, y por esa razón las nociones desplegadas por Ingenieros no constituyen sino errores o incoherencias.

La crítica va más allá, ocupándose de la historia de la filosofía y, en particular, de cuestionar el vínculo entre filosofía y política que atraviesa sus lecturas “históricas”, haciendo de aquella historia de la filosofía un género no filosófico.⁷ Pero, al igual que Cuccaro, Dujovne

⁶ Cuccaro señala que ese juicio se lo debe a Windelband. Aprovechamos para notar lo que supone esa autoría en términos de definición de saberes: en un movimiento de condicionamiento mutuo, Croce y la filosofía se encuentran, pero al hacerlo se constituye en esa particularidad una condición para la elaboración de todo juicio filosófico posterior. Al respecto, el número 73 contiene la reproducción del segundo capítulo de la segunda parte de la *Lógica* del italiano, titulado precisamente “Filosofía”. Del mismo modo, cabe recordar que la tesis de Cuccaro, presentada en 1921 versaba, precisamente, sobre el pensamiento de Croce: “Ensayo sobre la filosofía de Benedetto Croce”.

⁷ Es interesante este pasaje porque allí Dujovne cita la opinión del mismo Ingenieros según la cual la historia de la filosofía corresponde al estudio de la historia, no de la filosofía. Al contrario, el crítico afirma que “el desarrollo de las ideas de la filosofía tiene su lógica” y esa lógica se comprende a través del estudio de los diversos desarrollos a lo largo de la historia. Historia de la filosofía y filosofía se encuentran en esa lógica. Ahora bien, quizás sea productivo revisar qué dice Ingenieros en aquella cita, que proviene de los artículos sobre Boutroux, publicados primero en la *Revista de Filosofía*, en 1922, y luego reunidos en un volumen. Allí Ingenieros discutía con lo que entendía era una

termina por incluir otros elementos: a su juicio, en última instancia, lo que sostenía ese edificio era el “anticlericalismo”, “un anticlericalismo tan insignificante como la Unión Latinoamericana que Ingenieros fundó”, un proyecto que a su vez, se anima a decir, “ha contribuido, en cierta medida, a la desorientación de la juventud” (*Verbum*, 67, p.537).

La disputa parece cerrarse un tiempo después, con la publicación del libro de Dujovne, *La obra filosófica de José Ingenieros*, en 1930. Entonces Vaccaro, reseñándolo en *Verbum*, afirmaba: se le dio una “certera estocada” a un “falsificador intelectual” (*Verbum*, 77, p.824), esto es, a un escritor de moda que ha cometido delitos contra la cultura. “Dujovne –concluye– nos ha privado de un héroe, pero nos ha dado una verdad” (*Verbum*, 77, p.824).

La variedad de *Verbum* se va simplificando: “el positivismo ha sido superado por la filosofía”, dice Cuccaro en uno de los números de 1919; se trata del “despertar filosófico”. Son varias las afirmaciones en esa dirección; se impone la necesidad de definir el saber, se sabe esa necesidad, se advierte la importancia de disputar el nombre de ese saber y se avanza en su significación. Así lo dice Korn en 1923: una vez limitado el cientificismo, “conviene reducir la filosofía a su esfera propia y delimitar sus atribuciones” (*Verbum*, 60, p.56), uniendo, a la vez, las pretensiones de autonomía con el establecimiento de los márgenes. “Urge ahora –dice Korn de la filosofía– definirla con pulcritud” (*Verbum*, 60, p.57). Se trata de decir qué es eso que nace y de darle forma. Son diversas las estrategias; oscilan entre la definición a secas, la consignación de referentes y oponentes y la ubicación de la filosofía en el marco de nuevos saberes que, se dice, están naciendo.

Ahora bien, como anticipamos, decretar ese nacimiento no es solo obra y responsabilidad de la revista. El momento que se señala aquí como tiempo del despertar coincide con algunos movimientos institucionales que se van desplegando en esos años. En particular, uno de los hechos más recordados es el debate en torno a la designación del profesor del segundo curso de Psicología, una materia que venía siendo objeto de análisis y debate en relación con los contenidos que debía impartir. Allí confluyen algunos elementos, porque si, por una parte, las opciones en danza apuntaban a diferentes posiciones filosóficas, mostrando una tensión que se instalaba en la Facultad, del mismo modo y en íntima relación, convocaba la cuestión de los títulos que habilitaban para el ejercicio de estos cargos en la institución. La terna que se presenta para esa designación en 1918 preservaba la línea que el primer curso de psicología traía desde hacía años, concentrado en la psicología de tipo experimental. Pero ello, a juicio de quienes sostenían aquella idea de renovación, podía subsanarse revisando el criterio dominante para conducir a una mayor especificidad. Desde el Consejo, Korn propuso incluir en esa terna el nombre de Alberini. La propuesta tuvo el aval de los estudiantes, que usaron la revista como uno de los principales medios para apoyarla, y uno de los elementos más mencionados fue, precisamente, el hecho de que Alberini fuera un egresado de esta casa. Si bien la idea de Korn no prosperó, no cuesta mucho reconocer allí el inicio de una nueva época para la Facultad. Son persistentes desde entonces y por algún tiempo los debates en el seno del Consejo en relación con la designación de profesores suplentes y puede reconocerse, gracias al ejemplo del segundo curso de Psicología, que si ese era un asunto que generaba malestar, ello se debía, junto a probables razones de orden político, a cuestiones vinculadas al perfil que podía imprimirse desde allí al

posición “historicista”, según la cual la historia de la filosofía tenía como tarea recorrer las principales obras de la filosofía buscando los rastros de los problemas eternos, un conjunto acotado de ideas que forman una unidad y que en ella se articulan con el gran todo de la historia de la filosofía.

saber que impartía la Facultad.⁸ En ese marco de tensiones, no es menor que sea en estos meses, y a partir de un plan de legislación y constitución de cargos suplentes, cuando Ingenieros termine por renunciar a su cargo de profesor, en octubre de 1919 (RUBA, 39, 423-424; 42, 106-109; 45, 900). Del mismo modo, si en aquel momento había sido Korn el que impulsaba el debate sobre quién debía integrar la terna para Psicología, el hecho de que asumiera como decano meses después hace pensar que esa sería la línea rectora en las futuras decisiones de la facultad.

Volviendo a *Verbum*, puede decirse que el tono que prima durante estos años, los primeros de la década del veinte, resalta aquella apelación a la metafísica, que es al mismo tiempo la postulación de la autonomía de la filosofía respecto de otros saberes y en especial respecto de las ciencias, aunque también esté aquí muy presente, como consecuencia esperable, la necesidad de señalar la independencia de la filosofía y de su historia en relación con elementos no teóricos o histórico-materiales, como se veía en aquella crítica a la historia de la filosofía de Ingenieros. En términos generales, los autores más visitados provienen de las líneas del vitalismo y del idealismo, en particular de este último, que en su versión italiana aporta muchos elementos en el desarrollo de la revista y con los que puede proclamarse el fin de “una época intelectualista y antimetafísica”, con el resurgir de una preocupación metafísica y mítico-religiosa que, dicen, la aproxima al modelo del romanticismo.⁹

En buena medida, las pretensiones de declarar la autonomía de la filosofía se despliegan en una revisita a la filosofía kantiana que, a través de Korn, quien fuera el profesor más respetado e incluso considerado como el iniciador de “la búsqueda de la verdad filosófica” (*Verbum*, 75, p.560) en el país, sería una figura difícil de despejar. Esto está presente en la reproducción de un extenso texto de Boutroux sobre el filósofo alemán, en el que, corriendo el límite impuesto por aquél, reconoce en la metafísica el terreno más propicio para que el hombre despliegue sus posibilidades de reflexión. Así, se apela constantemente al vínculo de la filosofía con una realidad que ya no es material ni experimentable empíricamente, y que convoca otras disposiciones del hombre, entre ellas la intuición. Y allí cobra singular relevancia también Alberini, en quien los estudiantes terminarán por reconocer el comienzo de la filosofía en el país, en gran parte por la difusión que, en su condición de egresado, habría realizado de las corrientes alternativas al kantismo.

Entonces, nombres como los de Bergson, Croce y Gentile son los más recurrentes en tanto referentes de la revista, y, tal como lo leen los articulistas de *Verbum*, confluyen en la

⁸ Sobre estos cambios y debates puede consultarse el trabajo de Buchbinder (1997, p.99 y ss). Según se expone allí, confluyen una variedad de elementos entre los que se cuentan tanto la impronta impresa por la Reforma cuanto el recambio generacional. No obstante, rastreando estos debates a la luz de lo que ofrece la revista, podemos reconocer que operan allí una serie de tensiones y diferencias conceptuales en lo que hace al perfil que se pretende darle al saber desde la institución y que la definición de “filosofía” es un elemento no menor en juego. La pretensión de imponer un sentido para este saber va de la mano con el despliegue de una serie de cambios institucionales.

⁹ La invocación al romanticismo es sumamente frecuente en estos números de la revista. Llama la atención entre las reproducciones, la publicación en varias entregas de las “Cartas para la educación estética del hombre” de Schiller. Y, anotamos, llama la atención este texto de Schiller porque, con excepción de textos clásicos griegos o latinos que aparecen como material de cátedras, la revista no publica reproducciones sino de autores contemporáneos. Pero la publicación de esta obra de Schiller no es la única excepción, se destacan también los números 79 y 82, de 1931 y 1932. El primero se ocupa de diferentes aspectos de esta corriente filosófico-literaria con motivo del centenario del *Hernani* de Victor Hugo, mientras que el segundo lo hace atendiendo específicamente a Goethe por el centenario de su muerte. En este último caso la opción de la revista es incluso más contundente ya que ninguno de los números anteriores o posteriores tendrá como objeto una única figura extranjera y, además, esta se enmarca dentro de una serie de homenajes nacionales e internacionales, de los cuales la revista da noticia.

configuración de una definición común, que se despliega en paralelo a la incorporación cada vez más sistemática de aquellos en los programas de las materias. Los autores de *Verbum* están muy cerca de los debates que tienen lugar en Europa en aquel momento, y más precisamente en Italia. Traducen, por ejemplo, algunas de las conferencias pronunciadas en el IV Congreso Internacional de Filosofía realizado en Bolonia en 1911 y publicadas posteriormente en la *Revue de Métaphysique et de Morale*. Y Croce aquí parece tener un lugar protagónico.

Del mismo modo, la revista se hace eco de los debates que el kantismo dejó en Alemania, y se recuperan trabajos vinculados al neokantismo, que servirán para reafirmar el lugar de la filosofía frente a su posible dilución bajo el primado de las Ciencias del Espíritu. A fines de 1923 publican una serie de trabajos vinculados a Windelband, algún capítulo de su *Introducción a la filosofía* y un comentario autorizado a cargo de A. Drews. Más allá de los detalles que puedan verse aquí, volvemos a reconocer un fuerte rechazo al límite que Kant imponía al conocimiento y, consecuentemente, un cambio de eje para la filosofía. Cierta preocupación por las verdades absolutas, aunque recogidas de la experiencia vivida que dan a aquellas el carácter de “inmanentes”, se liga estrechamente con el señalamiento del ámbito de la moral como el terreno exclusivo de toda preocupación filosófica. La filosofía tiene como objetivo sostener la vida, se afirma en esos artículos, de ahí que su objeto se concentre en la definición de los valores que guían la voluntad. También se recuperan los aportes de la Escuela de Marburgo. Hacia finales de la década del veinte, se traducen, por iniciativa de Dujovne, algunos artículos y capítulos de los libros de Cohen, en donde avanza sobre la articulación de la filosofía con las Ciencias del Espíritu reconociendo la prioridad y centralidad de aquella. Lo que da sentido a las ciencias es, precisamente, el espíritu, y el espíritu, entendido en función de su capacidad intelectual, es objeto de la filosofía. La filosofía tendrá así una función gnoseológica, que se extiende como lógica y ética, y presenta, en un sentido próximo a lo que se planteaba con Croce, un carácter sistemático que le otorga unidad a las ciencias espirituales. Si allí el objeto de la filosofía se precisa señalando el concepto o idea, una referencia última de todo pensamiento, aquí es actividad, pensamiento o condición de toda respuesta. En ambos se avizora la búsqueda de una definición que distinga a la filosofía, delimitando su radio de acción, pero estableciendo al mismo tiempo un alcance por encima de todo saber y particularidad.

Ahora bien, si puede reconocerse una constante durante la mayor parte de los ‘20, la década del ‘30 trae novedades en lo que hace a la definición del saber en cuestión, sus métodos, referentes y posibilidades. A partir de 1933, comenzará a plantearse, de manera complementaria a lo que paulatinamente comienza a ocurrir en algunos programas de las materias, la necesidad de estudiar las perspectivas fenomenológicas desarrolladas en Alemania y que poco a poco iban ganando terreno en países como Estados Unidos, por ejemplo. Uno de sus principales impulsores será el profesor de Filosofía Contemporánea, Francisco Romero, quien tal vez al no ser egresado de la casa podía señalar cierto desencuentro entre la fenomenología, a la que considera como una “filosofía nueva”, y las filosofías de la vida y los idealismos neokantianos o la “filosofía consagrada”. Las intervenciones al respecto buscarán impulsar la ampliación bibliográfica y documental, a la vez que imponer el trabajo riguroso de las fuentes, entre las que se destacan autores como Husserl, Scheler, Hartmann, Müller-Freienfels y Heidegger, pretendiendo también con ello transformar el modo como se desarrolla el estudio y la práctica filosófica en el país. Más allá de las diferencias que se advierten entre ellos, se enfatiza el desplazamiento que suponen de la noción de vida hacia las nociones de existencia, estructura y persona. La filosofía se vincula aquí con una realidad objetiva dotada de sentido que es independiente de la conciencia, pero que se manifiesta en términos *vivenciales* y se capta mediante una intuición de orden intelectual.

Tendrá así una doble función ontológica y gnoseológica, con importantes consecuencias prácticas. Su objetivo ya no es sostener o crear la vida, sino formar a la persona, esto es, la instancia estructural pre categorial que percibe y realiza valores.

Asimismo, de la mano de profesores y estudiantes que, ante el surgimiento de regímenes autoritarios, entre los que el fascismo aparecía como la principal amenaza, se acercaron a la militancia socialista y comunista, se introducen en la revista algunas expresiones vinculadas al materialismo histórico. En línea con las perspectivas antes señaladas, en el número 84, de 1933, sobresale una extensa conferencia dictada por Ventura Pessolano en la Facultad de Derecho y cuya reproducción respondía a “la certidumbre de que será sumamente útil a los estudiantes de filosofía” (*Verbum*, 84, p.13). Apoyándose en Croce y Gentile, el profesor suplente de Estética analiza minuciosamente la “influencia” de Hegel sobre el sistema de Marx, esto es, la transmisión “pura” o “deformada” de sus temas, soluciones y criterios. Hace énfasis en su inversión materialista de la dialéctica, a la que considera un error por implicar, entre otras consecuencias filosóficas y políticas, una vuelta a Kant en la medida en que pone a la sensibilidad, y no al pensamiento puro, como fuente del conocimiento. No obstante, ese mismo número cierra con un artículo de Héctor Raurich –antiguo miembro del grupo Insurrexit y por entonces director de la revista comunista *Actualidad* (1932-1935). Interesado por elaborar una estética marxista, le otorga a esta teoría un carácter científico y objetivamente verdadero, desde donde se explicarían sus consecuencias revolucionarias. Cuida también de marcar sus diferencias tanto con el materialismo biologicista y psicologista como con el idealismo, al concebir al hombre como un individuo concreto que deviene en un ser social.

Durante estos años se conserva aquella mirada sobre el utilitarismo como una amenaza, en relación a lo cual la autonomía de la filosofía se erige como respuesta. Pero aparecen nuevas situaciones problemáticas desde las que se resignifica la *función social* otorgada al saber filosófico. Las expresiones desplegadas frente a aquella constante suponen un rechazo de lo que definen como *individualismo idealista*, esto es, la consideración del espíritu como una vida íntima individual, cerrada y centro de toda actividad. Cuestionan esa comprensión de la autonomía que desliga el pensamiento de la contingencia histórica, articulándose como una unidad o totalidad aislada en un mundo de valores esenciales. De ese modo, establecen notables distancias con el concepto de cultura allí desplegado, al tiempo que ponen en tensión los vínculos trazados con el romanticismo. Les otorgan a los valores sociales un lugar entre los espirituales. Pese a entender al hombre como una totalidad o un complejo social, no renuncian a su autonomía. El pensamiento no resulta independiente de la historia, pero puede sobreponerse a ella y dirigirla. Así, atendiendo a los movimientos políticos e intelectuales de su tiempo, Juan Mantovani encomendaba a “defender hoy al individuo de la absorción social que ha llegado a extremos nefastos” (*Verbum*, 83, p.25). En el centro se sitúa a la “personalidad”, cuya formación y desenvolvimiento, como tarea filosófica, no es autogenerado ni prescripto, sino que se produce a partir de un doble juego entre individualidad y comunidad, entre intimidad y exterioridad. Aunque estas perspectivas no terminan por consolidarse en la revista, siendo incluso poco frecuentes, acercan nuevamente la filosofía a la reflexión sobre sus condiciones históricas. Dan cuenta, en todo caso, de que luego de la década del treinta, y en el marco de un nuevo contexto político, se produce en *Verbum* cierta inquietud y una apertura hacia corrientes filosóficas que, si pueden trazar vínculos entre sí en la formulación de opciones discrepantes con la posición dominante hasta el momento, también suponen importantes diferencias, que abren nuevos interrogantes respecto de los cuales la revista ya no resulta una vía de acceso. Este movimiento conduce a la revista a una situación similar a la que encontramos en sus primeros números, donde

la variedad era una de sus notas fundamentales, como si los actores que estaban cerca de sus páginas y transitaban la FFyL estuvieran explorando en torno a nuevas y diversas necesidades teóricas. Y esto tendrá un correlato en el modo de pensar la Universidad, íntimamente ligado a la relación que en estos años puede advertirse con otros espacios intelectuales.

La Universidad, la Facultad

La construcción de una identificación para la filosofía, ya sea en uno u otro sentido, siempre va acompañada de una explícita preocupación en torno a la Universidad, sus saberes y sus roles. Así lo decía el *Manifiesto* que abrió la publicación. Esto, el sentido y la función que desde esas opciones teóricas se le otorgan a la institución que ha de legitimarlas, es otro de nuestros principales objetos de interés. Durante la dirección de Bermann encontramos también muchas referencias, que se despliegan en íntima relación con la comprensión que entonces se ensayaba en torno a la filosofía. La voluntad de definir la filosofía universitaria era una tarea prioritaria en la medida en que se desprendía de la necesidad mayor de precisar alguna dirección nueva para la Universidad. Se retomaba entonces el concepto “Universidad social”, propuesto por Rivarola antes de 1918, y ello venía de la mano de Ingenieros, que reseñaba ese trabajo en la *Revista de Filosofía* bajo el título “La Universidad social: teoría de la Universidad moderna”, y que *Verbum* recuperaba. Tras un elogio de ese libro por el énfasis que ponía en la importancia de la formación científica y profesional que debe impartir la Universidad, e insistiendo en lo inconveniente de escindir ambos aspectos, Ingenieros recordaba la incidencia política que debía tener la enseñanza universitaria. La Universidad podía ampliar la ciudadanía, pero esa consideración suponía antes aquel compromiso científico y profesional.

Así, la consideración de la Universidad, del rol de los saberes que debían ofrecerse y de las problemáticas que surgían en la FFyL de la mano de la cuestión de la habilitación de títulos para la enseñanza secundaria, se reunían en torno a la noción apropiada de “Universidad social”, que se articulaba con la idea de “filosofía científica” y el rol asignado a la filosofía en el esquema universitario general.

Ahora bien, las transformaciones que hemos visto en lo que hace al perfil de la revista y la propuesta para el saber filosófico sugieren también un correlato en la consideración de la Universidad, que se traduce en valoraciones sobre la Reforma Universitaria. Si pudimos advertir cómo, en los años en que Bermann ocupa la dirección, el tono y las preocupaciones gremiales que adopta la revista es manifiesto, con los cambios de dirección y con la torsión en lo que hace a la comprensión de la filosofía, el sentido de esa bandera sufre variaciones importantes, sin abandonar, no obstante, la invocación del símbolo.¹⁰

La agitación estudiantil y los cambios universitarios que tuvieron lugar alrededor del ‘18 tienen efectos que podemos reconocer en *Verbum*. El conflicto obligó a tomar posición. Los números contemporáneos a los sucesos ocurridos en Córdoba a mediados de 1918 muestran un tono poco encendido que sugiere cierta cordialidad en el modo como se planteaba la relación

¹⁰ Es importante notar que nos encontramos aquí con múltiples intentos de definir el acontecimiento de la Reforma, cuanto su significación política y académica. Al decir aquí “reforma universitaria” lo hacemos señalando una coincidencia cronológica con los acontecimientos sucedidos en Córdoba, pero con completa conciencia de la variedad de sentidos que se le endilgaron en estos años y entendiendo que en buena medida las posiciones desplegadas en torno a la filosofía se emparentan con aquellos intentos de significación.

entre estudiantes y autoridades.¹¹ El número 43/44 incluye hacia el final la declaración de huelga general de la FUA, advirtiendo el apoyo del Centro de Estudiantes y su accionar al respecto. En una breve nota luego de esa reproducción, señala la Federación Universitaria de Buenos Aires que “el movimiento de adhesión a los camaradas de Córdoba no implica en modo alguno una irreverencia hacia las autoridades de nuestra Universidad” (*Verbum*, 43/44, p.79). Del mismo modo, se llama a los estudiantes a “no asistir a clases durante los días 20 y 21 del corriente, como acto de adhesión a los estudiantes de Córdoba” (*Verbum*, 43/44, p.87). Cuccaro asumía entonces la presidencia.¹²

El número 47, de noviembre de 1918, festeja un *feliz comienzo* de la Reforma y describe el momento destacando la *armonía* y el *entusiasmo*, virtudes que permiten orientar la Facultad hacia la difusión de ideas y la creación cultural. Esa armonía invoca sin esfuerzo un motivo recurrente en las páginas de *Verbum* desde entonces: las nuevas condiciones en que se define la Facultad imponen un freno al conflicto. *Verbum* festeja ese sosiego a través de la pluma de estudiantes y profesores. Nuevamente, hay un nombre y este merece respeto. El sentido de la Reforma termina por aunarse con la definición de la Universidad, aunque mucho más de la Facultad y el modo cómo se define el perfil de sus saberes y su rol.

Pasados los sucesos ocurridos en Córdoba, a mediados de la década del '20, surgieron varias agrupaciones estudiantiles dentro de la FFyL que, como señala Biagini, “apelaron al emblema nominal reformista, más allá de sus compromisos con todas las banderas enarboladas por la Reforma” (2018, p.47-48). Entre ellas, el Partido Reforma Universitaria (PRU), surgido en octubre de 1924, en el marco de la intervención de la FUBA sobre el CEFFyL, y adherido al proyecto político-institucional de Alberini.¹³ Controló ininterrumpidamente el CEFFyL desde 1925 hasta 1937 y, como mencionamos arriba, los directores de *Verbum* también eran miembros de la agrupación y usualmente se mantenían en el cargo hasta la renovación de la comisión directiva del Centro. Algunos, como Zamudio Silva, fueron presidentes y directores de uno y otro sucesivamente.

Con la victoria electoral del PRU en 1925 y con su posterior consolidación, sus integrantes consideraban desde las páginas de *Verbum* que la Reforma Universitaria había triunfado; se trataba, al mismo tiempo, de redefinirla: “la Reforma Universitaria –decía Zamudio Silva– ha perdido definitivamente su carácter electoral y político en nuestra casa; aquí ella es obra de cultura, de salud espiritual” (*Verbum*, 72, p.124). La participación de los estudiantes en el gobierno de la Facultad, como una de las patas fundamentales del movimiento, era leída desde esa lógica académico-cultural. Ella debía supeditarse a “los intereses de la alta cultura”. Así, al asumir la presidencia del Centro en 1929, Fraboschi afirmaba que los problemas políticos y

¹¹ Pablo Buchbinder señala que los miembros del Centro conservaron entonces “una relación cordial con las autoridades de la UBA y de la misma Facultad, sin protagonizar conflictos abiertos” (2019, p.15). Advertimos, sin embargo, que quizás podamos encontrar algo más que cordialidad en esta relación. Como mencionamos al pasar más arriba, es frecuente en la revista la presencia de artículos de autoría de alguna de las autoridades y profesores así como la celebración de ciertas decisiones o medidas.

¹² Permite reconocer ciertas particularidades en esta posición desplegada en *Verbum* la consideración de lo que Natalia Bustelo señala en relación con la posición que tiende a adoptar Ingenieros que, a través de la Revista de Filosofía “buscó fortalecer el ala radicalizada de la Reforma a través de la publicación de sus manifiestos y noticias” (2015, p.83).

¹³ La otra agrupación que disputaba por el control del Centro de Estudiantes, el Partido Reformista, adhería al proyecto de Rojas. Ambas agrupaciones, como aquellas que surgirán durante las décadas siguientes, carecían de correlato partidario local o nacional, aun cuando sea posible trazar ciertos vínculos y afinidades.

sociales, como “el imperialismo, la cuestión mejicana o la revolución rusa” (*Verbum*, 79, p.119), debían quedar fuera de todo interés teórico y práctico.

Si bien impulsaron reclamos gremiales, que en ocasiones generaron alguna tensión con las autoridades, estos solían tener, como decíamos, un carácter más bien moderado. Desde el Centro de Estudiantes se consideraba que, para el *prestigio social* y el *progreso cultural* de la institución, era necesario el trabajo colaborativo entre todos sus miembros. El objetivo era armonizar la tarea estudiantil con la docente y directiva, constituyéndose así, más que en un mero órgano de agremiación y ayuda mutua de los alumnos, “en un verdadero colaborador en el gobierno de la casa” (*Verbum*, 72, p.124). Por parte de los profesores también se defendía ese vínculo. Tanto Alberini como Ravignani, al desempeñarse como decanos, apoyaron la participación de los estudiantes en el gobierno de la Facultad, resolvieron asuntos académicos que estos les planteaban y destinaron fondos para los eventos que organizaban, entre ellos la conmemoración del décimo aniversario de la Reforma Universitaria. Además, financiaron, al menos hasta comienzos de 1930, la publicación de *Verbum*.

Hacia finales de la década del veinte, la revista se concentra en cuestiones estrictamente académicas y culturales. La FFyL debía constituirse como un espacio consagrado a la “cultura superior” y la publicación contribuía a lograrlo. En este sentido, Alberini, en el homenaje que el Centro de Estudiantes le realizó por su gestión decanal entre 1924 y 1927, bajo la premisa de que a él se le debía el *progreso cultural* y el *prestigio social* alcanzado hasta entonces por la Facultad, indicaba que tanto estudiantes como docentes debían ser “hombres de gabinete”, ocupados exclusivamente en la “ciencia pura”, sin soñar, como quienes fundaron y gobernaron la Facultad hasta la Reforma del ‘18, “con las grandes posiciones públicas: Presidencias, ministerios, diputaciones, etc.” (*Verbum*, 75, p.549). Si la universidad no perdía su poder a cargo de la dirección de los intereses públicos, sí debía redefinir esos intereses y, de ahí, su capacidad.

Esa es la línea argumentativa que se impone: la Facultad se ocuparía solamente de las ciencias culturales, que permitían el desarrollo de una mayor autoconciencia. De ahí su capacidad para orientar la historia. Se habla de una “energía específicamente universitaria” que, atenta a “los problemas esenciales del espíritu humano”, se resiste a los llamados de la vida política. En palabras de Alberini, el primer principio del que debe ocuparse esta casa de estudios son “los valores humanos eternos” (*Verbum*, 7, p.549). El *Espíritu* estaba en el centro de las preocupaciones y los saberes que impartía la FFyL eran considerados los más próximos a aquello en torno a lo cual debía concentrarse la vida de los pueblos. Esa Facultad poseía la capacidad de regir sus destinos.

La tensión entre las preocupaciones de tipo “utilitarista” y las de tipo “espiritual” reaparece en varios artículos o conferencias que publica la revista en estos años. Se condena el reduccionismo que supone el concentrarse en cuestiones relativas al conocimiento cuantificable. Preocupa, incluso, que se hayan construido sistemas filosóficos –el materialismo histórico es blanco obligado– destinados a hacer del hombre un ser sujeto a las condiciones y preocupaciones materiales. Frente a esto, se llama al desarrollo de las ciencias “culturales” en los ámbitos académicos, a reconocer el protagonismo de la “alta cultura”, condición del desarrollo del “sentido moral”, capaz de rescatar al hombre “que anduvo perdido en las sombras sin espíritu” (*Verbum*, 70, p.340).¹⁴

¹⁴ Allí afirma que el trabajo obrero, las fábricas, necesitan del desarrollo de la ciencia, de “la savia renovadora de la alta cultura”.

Esto se afirma en 1928, pero ya lo encontrábamos varios años antes cuando, en consonancia con el Colegio Novecentista, se invocaba, contra la moral de la ciencia, “una moral pura, exenta de naturalismo, independiente de la ciencia y directora de ella en las prácticas de la vida” (*Verbum*, 48, p.117). O cuando Rojas, en la inauguración del Instituto de Filología, afirmaba que ello era “una obra trascendental para la cultura argentina y para el prestigio exterior de la Universidad, llamada a superar las tendencias utilitaristas de nuestro ambiente, mediante una concepción más noble de la ciencia de la nacionalidad y de la vida” (*Verbum*, 61, p.36). Ese rol, además, se volverá una constante con el paso de los años. Al iniciar los cursos de 1930, Ravignani indicaba que la tarea de la Facultad era la resolución de los problemas del país, no mediante una intervención concreta, sino mostrando que el bienestar no solo se basaba en el éxito económico, sino también en la *verdad* y la *belleza*. Y si, como afirmaba Bonet en 1937, todavía a finales de esa década seguía teniendo lugar alguna pregunta por la *utilidad* de los saberes allí desplegados, principalmente el filosófico y el literario, esa función continuaba sirviendo como respuesta.

Con el paso del tiempo, este carácter cultural desvinculado de las preocupaciones políticas y sociales se fue consolidando –aún cuando surgieron expresiones que, interpeladas por los acontecimientos políticos y sociales nacionales e internacionales, pretendieron avanzar en otro sentido.¹⁵ Pero si durante la década del veinte se observa en la revista un fuerte interés por las producciones académico-culturales elaboradas por los mismos miembros de la Facultad, en los años treinta y cuarenta se advierte en ella una inclinación hacia las producciones desarrolladas en otros ámbitos, principalmente emprendimientos editoriales e instituciones privadas, entre los que se destacan la editorial Losada, la revista *Sur* y el Colegio Libre de Estudios Superiores. Sin duda, este movimiento descansa en una serie de factores históricos que conmovieron la estructura universitaria otorgándole un perfil más autoritario e impulsando a muchos miembros de la Facultad a reunirse en aquellos espacios, pero también parece responder a un desplazamiento en el modo de comprender la filosofía que no encontraba lugar en las condiciones que ofrecía la institución. En este sentido, sin implicar una transformación en lo que hace al rol de la Universidad y de la Facultad, es posible notar allí un desfase entre esas condiciones y el despliegue de una renovada concepción del saber filosófico que se buscaba instalar, lo que instaría a explorar las posibilidades de su desarrollo por fuera de la institución y desde allí intervenir en ella.

Esto último conlleva, a su vez, una resignificación de la revista que da lugar a cierta tensión con sus desarrollos anteriores. *Verbum*, como revista institucional, y tal vez propiciado por su menoscabada centralidad a raíz de la disminución de su presupuesto y de la aparición de la revista *Logos*, comienza a establecerse como un espacio desde donde es posible cuestionar a la institución misma. Tal es así que desde sus páginas se llegará a considerar al CLES no solo como la “institución cultural privada más importante del país”, sino también como un “verdadero organismo *universitario*” (*Verbum*, 2-3, p.131). Y ello en desmedro de la Universidad oficial, denunciando que en ella se “esterilizan no pocas iniciativas de fecundo alcance” (*Verbum*, 2-3, p.129).

¹⁵ Después de 1930 surgen en la Facultad una serie de agrupaciones estudiantiles como Insurrexit y el Partido Reformista de Izquierda, orientadas por militantes del Partido Comunista. Asimismo, como sugerimos anteriormente, algunos de los problemas sociales y políticos comienzan a aparecer como objetos de indagación en *Verbum*. Urge señalar que esto no significa una politización del Centro de Estudiantes y de *Verbum* con él, pero sí al menos parece observarse un carácter más poroso a las cuestiones sociales y políticas. Esto invita a pensar que aquella identidad reformista desplegada en y desde las páginas de la revista comienza a ser cuestionada.

Conclusión

Verbum permite adentrarnos en el proceso de definiciones relativas al saber filosófico en la Argentina y el modo como estas dialogaban con las transformaciones institucionales que afectaban a la Facultad que tenía en sus manos la potestad de definirlo. Conviven en la revista, tanto sincrónica como diacrónicamente, una variedad de perspectivas, pero con la sucesión Bermann-Cuccaro, y sobre todo desde el número 50 de 1919, comienza a consolidarse una homogeneidad funcional tanto en su autodefinition como en su posición teórica: se impone un perfil académico-institucional por sobre uno político-estudiantil y se privilegia un idealismo centrado en las nociones de espíritu y vida, con variados y diversos puntos de apoyo en la filosofía continental, pero siempre tomando distancia respecto de lo que se ha construido como “positivismo”. Se trata del cierre de un horizonte, una clausura que se presenta como una transformación profunda en lo que hace al saber que nos interesa. Que, de la misma manera, supone también un modo de pensar su vínculo con el ámbito político y cultural.

Una vez independizada de la ciencia, la filosofía puede decir la verdad, la belleza y el bien. Incluso con mayúsculas: la *Verdad*, la *Belleza* y el *Bien*. Declarar la independencia respecto de la ciencia equivale a autonomizar el saber filosófico, pero es antes la posibilidad de proclamar la libertad de la razón, de algún tipo de razón vinculada a lo intuitivo o, a fin de cuentas, independiente de toda condición externa. El acceso a la verdad es posible, no tanto porque se respeten reglas estrictas de procedimiento, sino porque se invoca una condición humana que, por sobre toda otra relación, se encuentra con lo *más pulcro y puro*. Si la atención a la ciencia y a problemas vinculados al conocimiento nos obligaba a mirar al objeto y las condiciones de su percepción –que, sin duda, era otro modo de señalar la centralidad del sujeto–, la novedad aquí es que ya no hay más condición, la “verdad” se impone sin atenuantes, ya en la propia intimidad, ya en las cosas mismas. En las antípodas, lo decía Dujovne, quedan las meras creencias.

En este esquema, se impone un sentido de verdad que es novedoso. Ciertos individuos, accediendo a algunas profundidades, señalan esa verdad, que inmediatamente se convierte en el criterio que rige. Por ello mismo, quien puede nombrar, se convierte, en ese acto, en autoridad y juez de la verdad. *Verbum* misma se constituye así en constructora y vocera de esa verdad y esas condiciones; siempre autorizada, autorizada por la misma autoridad que va construyendo a sus espaldas, por el vínculo institucional que va estableciendo en aquella confianza mutua entre estudiantes y profesores, pero también por la confluencia de definiciones y la delimitación que estas imponen.

Verbum define su razón de ser más básica al enseñar la importancia de los saberes que impartía la Facultad, dijimos, pero es claro que no solo enseña, sino que produce un sentido para ese saber. Así, podía publicar los “mejores trabajos” elegidos en un marco institucional y bajo ciertas guías; podía reproducir algunos apuntes de cátedras y algunos discursos institucionales, podía también insistir nombrando los autores que renovaban los programas de las materias. Pero al autorizar, desplazaba inmediatamente. Los juicios que merecen sus oponentes, la desautorización que suele simplificar las posiciones de aquellos es un recurso usual, que se asienta en última instancia en la confianza en aquel acceso a la verdad.

Se establecen, entonces, una serie de condiciones para la verdad filosófica, que son las condiciones que ahora pasan a regir este saber: una cierta perspectiva que delimita la verdad,

atravesada por un idealismo que implica una filosofía autónoma de otros saberes y de un tiempo y sus condiciones. Se señala una serie acotada de temas a pensar, con reglas definidas en lo que hace a sus condiciones de escritura y consagración y autoridades o referentes a seguir. Un *régimen de verdad* que conlleva limitaciones y también obligadas exclusiones. Una renovación del saber que supone una disputa o confrontación.

Pero hay también allí, lo vimos, una interesante recurrencia en la invocación del carácter práctico de las consecuencias de ese saber. Buena parte del estatus o importancia que se persigue para la filosofía se deriva de esto. No es la búsqueda de la verdad por la verdad misma, sino su vínculo con la moral. Allá un acceso directo a la verdad, aquí, en el ámbito práctico, su traducción inmediata en el ámbito moral termina por legitimar su importancia.

En ese sentido, si es preciso pensar en términos de moral para terminar de cerrar el círculo, ello se debe a un diagnóstico de época: el *utilitarismo* y el *materialismo*. Sin embargo, al mencionarlos se dispara para diferentes niveles, si el utilitarismo puede designar un modo de vida instado en una sociedad en vías de modernización, el materialismo apela, junto con ello, a una corriente de pensamiento de la que la línea rectora de *Verbum* en los 20 busca diferenciarse. El primado de los intereses personales es el signo más propio de este tiempo, y han sido definidos y calificados desde las mismas páginas de la revista, pero la amenaza que supone el afianzamiento de cierta concepción materialista no es menor. En ambos casos nos encontramos ante la valoración del mundo de lo sensible, digamos aún a riesgo de un exceso de simplificación. Ante esto, la “filosofía”, esta filosofía encuentra el modo de conducir una moral desorientada. La preocupación en términos prácticos queda planteada siempre, y, ante todo, a nivel moral, desestimando cualquier consideración de orden político. Una vez definida la filosofía que se persigue, y con ello autonomizada respecto de toda condición histórico-política, se avanza en la búsqueda de verdades para la orientación moral. Ahora bien, lo que no puede verse si quedamos atrapados en el discurso que la revista misma despliega, si no indagamos por los modos en que se construye esa definición, por el cómo que invocamos al comienzo, es que esta supone, como acabamos de decir, una exclusión en donde sí se juega el poder y los intereses. Alejar a la filosofía de la conflictividad política para concentrarla en preocupaciones de orden moral, en los términos en que esto se formula en *Verbum*, es desplazar formalmente el conflicto para quedar anclados en una de las posiciones en juego, desplazar el conflicto y el poder del ámbito mismo de definición del saber. Tal como invocaba Alejandro Korn, se trataba de delimitar la filosofía con tal pulcritud que no solo dejara fuera otras definiciones, sino el conflicto mismo. Se buscaba instalar el nacimiento de la filosofía, su *despertar*. Negando toda otra definición, la filosofía era novedad. Lo que para nosotros puede ser leído en términos de giro o transformación, el reemplazo de una verdad por otra, para ellos era simplemente el comienzo. Se inaugura un régimen de verdad que, como tal, desconoce otros lenguajes.

Ahora bien, retomando aquella referencia a la universidad que hacíamos con Foucault en la introducción, vemos que esta filosofía/verdad también precisaba de una fuente de selección y distribución de las posiciones; la filosofía y sus referentes requerían el respaldo institucional que terminara por sellar su lugar de referencia. Es usual en estos años, y parte del discurso que construye *Verbum*, que aquel diagnóstico que recae sobre la época sea también el diagnóstico de la Universidad, que se presenta signada por la persecución del lucro personal. Como respuesta a ello, *Verbum* apela no solo a una filosofía sino también a su carácter universitario. Más incluso, pareciera que el principal esfuerzo se concentra en la definición de la importancia de este espacio institucional, que debe cobrar también un nuevo viso. *Verbum* instala la filosofía universitaria en el centro de la escena; durante algunos años prima esa homogeneidad, se construye un podio,

define su lugar y sus materiales. Es una revista institucional, que se apoya fuertemente en la estructura de esa institución. Esa verdad que busca y a la que accede la filosofía en la universidad, con sus consecuencias prácticas, es también la que hará de la Facultad, y por su intermedio de la Universidad, la base de una nueva cultura. *Verbum* se presenta como un agente relevante de ese movimiento. Y aquí se vuelve muy clara la articulación entre un modo de concebir el saber y el poder que ello supone: como permite reconocer *Verbum*, eran los profesores de esta Facultad los llamados a definir y sostener una determinada concepción de la verdad, allí radicaba la cruzada de la revista, pero lograrlo suponía el trabajo coordinado con los docentes, o futuros docentes, y las autoridades de la Facultad. Del mismo modo, era la universidad, con determinadas condiciones, la que estaba llamada a señalar el rumbo de ese tiempo. Aunque en diferentes niveles, se repite el mismo esquema: para decir la verdad era preciso *poder* decirla, y el escenario de la verdad era uno.

La importancia que adquieren en esos años, para sus protagonistas, la Facultad y la Universidad, incluso las posibilidades de pensar ciertos ecos de la Reforma Universitaria, solo se comprende por aquella verdad. Pero, del mismo modo, lo decimos una vez más, esa verdad puede pretender erigirse en tal y con tal poder porque es una verdad institucionalizada, una verdad universitaria. A ello parece apuntarse con aquella revisión del sentido de la Reforma: se abre un nuevo terreno de creación, allí donde no hay más conflicto. Aunque al mismo tiempo pueda invertirse el razonamiento: son las nuevas condiciones de un saber las que vuelven obsoleto el reconocimiento del conflicto.

Parece requisito pulir a fondo algunas definiciones que pueden evitar un riesgo latente, marcar con precisión las fronteras. Y esto quizás se vea con mayor claridad allí donde faltan: cuando Bermann inaugure su paso por la dirección recuperando lo que estaba afuera de la universidad, que serviría para *rejuvenecerla*, o cuando, sobre los 30, los intentos de redireccionamiento de esos saberes busquen otros horizontes más allá de la Facultad. En un nuevo contexto, *Verbum* parece redefinir su función, sirviendo de débil enlace institucional con lo que bullía fuera de sus muros.

Bibliografía

- Biagini, H. (2017). La revista *Verbum* y el entramado reformista. *Américalee. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX*, 1-14. Recuperado de: <https://www.americalee.cedinci.org>.
- Biagini, H. (2018). El Movimiento Reformista en una revista estudiantil de largo aliento. *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, 20 (30), 37-51.
- Buchbinder, P. (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*. Buenos Aires: Eudeba.
- Buchbinder, P. (2005). *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Buchbinder, P. (2019). Aportes para el estudio de los orígenes del movimiento estudiantil en la Universidad de Buenos Aires: el caso del centro de estudiantes de Filosofía y Letras. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 19 (2). doi:10.24215/2314257Xe100.

- Bustelo, N. (2012). Filosofía y literatura en la reacción antipositivista argentina. VIII Congreso Internacional de Teoría y Crítica Literaria Orbis Tertius, La Plata.
- Bustelo, N. (2015). La Reforma Universitaria desde sus grupos y revistas. Una reconstrucción de los proyectos y las disputas del movimiento estudiantil porteño de las primeras décadas del siglo XX (1914-1928). (Tesis de posgrado). Recuperada en <https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=tesis&d=Jte1307>
- Domínguez Rubio, L. (2018). La profesionalización de la Filosofía en la Argentina a través de sus revistas. Notas para la confección de un corpus hemerográfico. *Información, cultura y sociedad*, 38, 13-40.
- Foucault, M. (2001). *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2004). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- García, S. (2010). *Enseñanza científica y cultura académica*. Rosario: Prohistoria.
- Halperín Donghi, T. (1962). *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba.

Revistas

- Revista de la Universidad de Buenos Aires (1904-1963). Buenos Aires.
- Verbum. Órgano del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras de Buenos Aires (1912-1948). Buenos Aires.